

Elogios al principal artífice de nuestra salud

Julio César Hernández Perera.

Doctor en Ciencias Médicas. Especialista de I y II Grado en Medicina Interna.

Profesor Titular. Investigador Titular. Centro de Investigaciones Médico Quirúrgicas. La Habana. Cuba.

Sería difícil imaginar la magnitud del arrojo asumido por un cubano que con tan solo veintisiete años, dirigió las acciones del 26 de julio del año 1953, y a un grupo de combatientes revolucionarios en una acción armada para derrocar a una dictadura. Se iniciaba así una nueva etapa en la lucha de los cubanos por su independencia.

Más difícil sería concebir, cómo aquel joven licenciado en Derecho civil, resolvió llevar su propia defensa en un juicio iniciado el 16 de octubre del año 1953, por los asaltos a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, en Santiago de Cuba y Bayamo, respectivamente. En condiciones sumamente difíciles supo articular durante cerca de cuatro horas, con estoicismo y claridad de ideas bien organizadas, un alegato donde se resumían con gran maestría los principales problemas que angustiaban a la Cuba de entonces: el problema de la tierra, de la industrialización, de la vivienda, del desempleo, de la educación y de la salud del pueblo.

En una parte trascendental de aquella alocución señaló, el que posiblemente sea uno de los primeros pensamientos sobre la salud pública, vertidas públicamente por este gran líder absuelto por la historia:

«De tanta miseria solo es posible liberarse con la muerte; y a eso sí los ayuda el Estado: a morir. El noventa por ciento de los niños del campo está devorado por parásitos que se les filtran desde la tierra por las uñas de los pies descalzos. La sociedad se conmueve ante la noticia del secuestro o el asesinato de una criatura, pero permanece criminalmente indiferente ante el asesinato en masa que se

comete con tantos miles y miles de niños que mueren todos los años por falta de recursos, agonizando entre los estertores del dolor, y cuyos ojos inocentes, ya en ellos el brillo de la muerte, parecen mirar hacia lo infinito como pidiendo perdón para el egoísmo humano y que no caiga sobre los hombres la maldición de Dios. Y cuando un padre de familia trabaja cuatro meses al año, ¿con qué puede comprar ropas y medicinas a sus hijos? Crecerán raquíticos, a los treinta años no tendrán una pieza sana en la boca, habrán oído diez millones de discursos, y morirán al fin de miseria y decepción. El acceso a los hospitales del Estado, siempre repletos, sólo es posible mediante la recomendación de un magnate político que le exigirá al desdichado su voto y el de toda su familia para que Cuba siga siempre igual o peor»⁽¹⁾.

Con esta acusación se denunciaba la anárquica política de salud pública de aquella etapa —antes del año 1959—, caracterizada por exiguos servicios médicos y la privación de una estrategia nacional unificada, respecto a sus normas y funciones. Coexistían, asimismo, instituciones privadas ubicadas en las grandes ciudades, que mayoritariamente manejaban la salud del pueblo cubano sin un perfil preventivo y con alcance absolutamente lucrativo.

Quién puede dudar del nombre y el valor del joven antes aludido: ¡Ese es Fidel!

Después del triunfo revolucionario del año 1959 se cumplieron rápidamente aspectos cardinales del Programa del Moncada: la salud era una de ellas.

Bajo la dirección del Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, la Revolución tomó las riendas de las gestiones de la salud pública. Fue esta Revolución —guiada por Fidel— la que instauró el derecho del pueblo a la asistencia médica gratuita y la que ha luchado porque esta sea de máxima calidad. Así dejó de ser la salud un negocio y en la que se destinaron esfuerzos, voluntades y considerables recursos. El ímpetu, la transparencia, el humanismo y la coherencia de las ideas de Fidel relacionadas con la salud, pueden ser consideradas como una de las integridades y estrategias más espléndidas del mundo: No es casual, que muchos lo consideran como una especie de artífice del ideal que debemos perpetuar, con el mismo amor y conciencia en que nos ha enseñado.

Era obligada la referencia hecha a la denuncia realizada en el juicio del Moncada para, apoyados por la historia, tasar con infalibilidad lo que se ha avanzado hasta ahora y lo que nuestro país hace por la salud de otros pueblos hermanos, todas estas con la guía de Fidel. Es la posibilidad de haber vivido, con privilegio e intensidad, este camino recorrido. Es la oportunidad de habernos espigado, pese a toda clase de obstáculos, en una pequeña nación del Caribe apuntada como potencia médica mundial, en favor de la humanidad y de nuestro pueblo.

Próximo a su noventa cumpleaños, y por todo lo que ha luchado y hecho es que siempre debemos decir. ¡Gracias Fidel!

1. Castro Ruz F. La historia me absolverá. Ciudad de La Habana: Editorial de Ciencias Sociales; 2007.